

## *Ruanda y Burundi, a sangre y fuego*

PEDRO GONZÁLEZ

El territorio que circunda los grandes lagos de África ha sido siempre escenario de grandes matanzas. Lo era ya antes de la llegada de los conquistadores y colonizadores europeos, y vuelve a aquella tradición sangrienta ahora que llevan ya algunos años de independencia. Sin embargo, ésta nunca ha sido completa. De hecho, las antiguas metrópolis han continuado sobre sus antiguas colonias, no tanto como un ejercicio de responsabilidad cuanto como una prolongación por otros medios de la situación. África se conquistó, colonizó y se dividió territorialmente como extensión de los antagonismos europeos, es decir como una baza más de poder.

Casi a finales del siglo XIX, se trazaron en Berlín, a base de compás y cartabón,

***«Los colonizadores alemanes primero, y belgas después, prefirieron mantener el statu quo, es decir la primacía de la minoría tutsi (15%) frente a la mayoría hutu (85%), ya que ello garantizaba mejor el orden colonial.»***

las fronteras del reparto colonial. Los europeos no tuvieron para nada en cuenta las costumbres, los antagonismos étnicos o los tributos de vasallaje que determinadas tribus hacían pagar a otras. Cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, se acometió el proceso de descolonización del continente, se mantuvieron las fronteras, de forma que esa división ha contribuido a desencadenar y alimentar presuntas guerras civiles. Que si, como tales son descritas por los europeos, no lo son en cambio a ojos africanos, incapaces de asimilar por completo el concepto de "nación" y de "frontera" que les ha legado la colonización. Baste recordar que actualmente existen 1.200 reyes en África, reconocidos como tales por sus tribus y tolerados a la fuerza por los gobiernos. El último ejemplo lo constituyen los zulúes, cuyo rey ha exigido el respeto a Zululandia y el reco-

nocimiento debido a su dignidad y a su persona. En este marco se enclavan dos países relativamente minúsculos, Ruanda y Burundi, cuyas matanzas han demostrado a los europeos que no han dejado una herencia de civilización tan bien asimilada como ellos creían. Ruanda, el país de las mil colinas, tiene una extensión de 26.338 kilómetros cuadrados, similar a la de Bélgica, su antigua potencia colonial, que también lo fue de Burundi (27.834 kilómetros cuadrados). Los 8 millones de habitantes de Ruanda y los 5,8 millones con que cuenta Burundi convierten a estos dos estados en los más superpoblados de todo el continente africano. Ambos países, en tanto que un único territorio, el Reino de Ruanda-Urundi, fueron conquistados y colonizados por los alemanes. La derrota germana en la Primera Guerra Mundial le aparejó la pérdida de sus colonias africanas. Sus vencedores se las repartieron, y Ruanda-Urundi pasó a la soberanía belga, que ya dominaba el vecino Congo (Zaire). Este territorio estuvo siempre habitado por los hutus, de etnia bantú, bajos, rechonchos y de caras redondas. Sin embargo, a mediados del siglo XV sufrieron la invasión de los tutsis, de la etnia watusi, que, procedentes de Etiopía, decidieron buscar nuevos pastos para sus ganados. Este fue el primer grave motivo de discordia entre invasores e invadidos, ya que los hutus constituían un pueblo agrícola. Las primeras disputas por el dominio de la tierra se saldaron con la victoria de los tutsis.

Los colonizadores alemanes primero,

y belgas después, prefirieron mantener el statu quo, es decir la primacía de la minoría tutsi (15%) frente a la mayoría hutu (85%), ya que ello garantizaba mejor el orden colonial. Los tutsis, altos, delgados y de caras alargadas, coparon la administración y la policía auxiliar, embrión después de las fuerzas armadas independientes. Los hutus permanecieron en una situación de semiesclavitud. En 1962, Bruselas otorgó la

carta de independencia al territorio, si bien conformando dos estados diferentes. Como en el resto del continente, los primeros años estuvieron salpicados de guerras internas, ajustes de cuentas, matanzas y golpes de Estado. En uno de ellos, un hutu, Juvenal Habyarimana, logra hacerse con el poder en Ruanda en 1973. Coronaba así una sangrienta epopeya, que había desembocado en más de 80.000 muertos tutsis y cerca de otros 100.000 huidos a la vecina Uganda. Estos últimos crearían el FPR (Frente Patriótico Ruandés), con ánimo de retornar de nuevo a Kigali.

Durante sus dos decenios largos en el poder, el presidente Juvenal Habyarimana se mantuvo gracias a un régimen de terror, no sólo frente a los tutsis, sino incluso frente a la oposición hutu. La sistemática violación de los derechos humanos fue consentida tanto por Bélgica como por Francia, país que en aras de la francofonía estableció una relación de pupilaje con Ruanda. Habyarimana murió a principios del mes de abril a bordo del avión privado que acababa de regalarle precisamente el gobierno francés, un Falcon 50. En él había viajado a Tanzania para asistir a una conferencia de seguimiento de los acuerdos de Arusha de 1993, que preveían la creación en Kigali de un gobierno de coalición que incluyera miembros de la minoría tutsi. En él regresaba también, acompañado del presidente de Burundi, Cyprien Ntaryimira, sucesor del primer jefe de Estado hutu de Burundi, Melchior Ndadaye, asesinado en una orgía de sangre en octubre de 1993.

**«El ensañamiento que supone la muerte a machetazos es algo consciente. Para la víctima constituye un suplicio largo, doloroso y sobre todo indigno, conforme a los usos tutsis.»**

El avión fue alcanzado por un misil —ironía del destino—, de forma que convertido en una bola de fuego se precipitó sobre los jardines del palacio presidencial mismo. Francia, que perdió en el incidente a los tres integrantes de la tripulación, ni siquiera solicitó una investigación sobre los restos del aparato, que pudieran arrojar algunas luces sobre la autoría del atentado. Tampoco Bélgica hizo grandes gestos de protesta cuando repatrió los

Rusia. En realidad, si la situación de los reformistas rusos es tan frágil como dice Talbott, la prudencia más aún debería aconsejar — según la revista "Commen-tary"— una mayor urgencia de Occidente respecto a la seguridad de los países de Centroeuropa. Nada está definitivamente escrito para Europa e inclusive puede producirse un gran

debilitamiento del eje franco-alemán cuando Berlín tense hacia el Este y París mire hacia el Sur. De cuantía distinta, pero de efecto muy visible, otro dato será el modo en que las elecciones al parlamento europeo reflejarán —poco o mucho— los cambios de opinión generados por Maastricht, con un número imprevisible de eurodiputados no tan predispuestos a las grandes arquitecturas supra-nacionales.

**U**n mayor número de miembros de la UE hará cada vez más alambicada la posibilidad de tomar decisiones por unanimidad —un asunto que es central en la cuestión de decisión y soberanía nacional—. Nada quedó definitivamente resuelto según el compromiso alcanzado en Ioannina: allí, los ministros de Exteriores de la Unión Europea acordaron que el número de votos necesarios para bloquear una iniciativa sea ahora —con la incorporación de Noruega, Finlandia, Suecia y Austria— de 27 sobre 90, siendo hasta entonces 23 de 76. En fórmula propia de los apañes comunitarios, si una minoría consigue reunir entre 23 y 26 votos ya podrá lograr un "pausable" retraso de la decisión, para intentar que se logre finalmente un nuevo consenso. La incorporación de países con vocación neutralista quizás tampoco contribuya a fortalecer la adopción de sólidas decisiones en materia de seguridad y política exterior —si tenemos en

*reinvencción de Europa  
que no es factible sin contar con  
Praga, Budapest  
o Varsovia.»*

cuenta que la seguridad comunitaria es tema de cooperación—. Ese problema, con todo, no parece afectar a los países de Visegrado, buenos conocedores de la conveniencia de una defensa nacional. Fundamentalmente, prosperidad significa seguridad: los Doce saben que una Centroeuropa más rica es otro factor de estabilidad europea en

un mundo en que lo estable casi nunca es gratis. Por el momento, las políticas comerciales con la zona centroeuropea pueden decidir la naturaleza de la UE en los próximos años. Será un arduo episodio para los Doce, en la disyuntiva de integrar unos países agrícolas que absorberían una porción notable del presupuesto de la UE o desmantelar la política agrícola comunitaria y la trama de los fondos estructurales —según anunciaba el economista Richard Baldwin—. Como se trataba de demostrar, tal proceso implica una reconversión demasiado profunda de lo que hoy es la Unión Europea.

**L**os Doce tampoco pueden aventurarse solos en la estabilización del Este: su papel es complementario con la presencia histórica de los Estados Unidos. Ahí queda la tesis de una "Comunidad euro-atlántica", que a su modo parece atraer más a los países centroeuropeos que a los socios actuales de la UE. Cuando estábamos viviendo los días optimistas de Maastricht, el canciller Helmut Kohl decía que Europa es como el Rin, un río que siempre logra desembocar en el mar, del mismo modo que la historia europea iba a desembocar en la unidad. Hoy por hoy, no puede decirse que el Rin baje desviado, pero no sabemos exactamente por dónde desembocará Europa.

Valentí Puig es escritor y especialista en política internacional.